



Memorabilia

El gran orador

FLEBO

En aquellos tiempos, de un gran orador político se decía que era un "pico de oro". Estos días, con motivo de la muerte de Raúl Rettig Guisán, no pocos entendidos han recordado que, amén de la fama internacional que le dio la presidencia de la Comisión de Verdad y Reconciliación, Raúl Rettig ostentaba en nuestras lides parlamentarias la notoriedad del "pico de oro".

No fue el primero, ni, esperamos, el último, porque ello sería triste para el porvenir de las instituciones. Pero, esa sí, uno de los más relevantes.

En enero de 1957, un verdadero doctor en letras humanas, que no sabemos por qué malhadado azar no llegó nunca a ocupar un sillón de número en la Academia de la Lengua, pintaba así, sólo con sus iniciales, R.C.M., en las páginas de "El Mercurio", a cierto indiscutido predecesor de Rettig:

"Muchos años han pasado desde los días en que los grandes debates del Parlamento, las agudas controversias doctrinarias y políticas, y uno que otro acontecimiento nacional de desacostumbrada magnitud, se ilustraban con el verbo a la vez subido y juvenil, acerado y elegante, impregnado de leve y encantadora fantasía de don Antonio Pinto Durán. El prestigio de aquel orador extraordinario en un país que los tuvo brillantes en casi todas las épocas, fue realmente singular".

Muchos años después, en agosto de 1987, en "Las Últimas Noticias" se nos otorgaba la ocasión de anotar estas líneas: "Los artículos que Raúl Rettig escribe con tan noble prosa en este

diario tienen la virtud de agitar o desadormilar el segmento público de nuestra conciencia filosófica. Es decir, nos socializan (en el sentido de que somos seres sociales) y nos sociologizan en la dirección de no perder de vista el valor del pueblo soberano".

Buen gusto

Acerca de don Antonio Pinto Durán, nuestro embajador y admirable narrador Salvador Reyes recordaba que tenía siempre la réplica irónica, ingeniosa, el aguijón dirigido contra sí mismo, lo que es distintivo de buen gusto.

La obra en que Margarita Serrano transcribe sus conversaciones con Rettig demuestra a cada rato la espléndida faceta humorística del tribuno que se ríe de sí mismo. En el libro de la Serrano, Rettig pide la presencia de un asesino que ponga fin a sus achaques, exactamente de fin de siglo. Ello nos permite recordar que Daniel de la Vega, otro gran humorista, debido a la edad solicitaba en forma humilde que se le suprimiera a palos.

En uno de sus discursos en la Cámara (leemos en Salvador Reyes, don Antonio Pinto Durán (que era radical) se declaró anarquista. Escándalo general. Los buenos burgueses no comprendían cómo este hombre, amable y sonriente, podía pasearse llevando una bomba bajo la chaqueta. ¡Anarquista! También Rettig confesaba que entre sus primeras fascinaciones estuvieron las lecturas anarquistas.

No se puede negar que la partida de Raúl Rettig, como ayer la de don Antonio Pinto Durán, le quita a la tragedia de vivir ese aire risueño sin el cual no la resistiríamos.

El gran orador [artículo] Filebo

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El gran orador [artículo] Filebo

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile